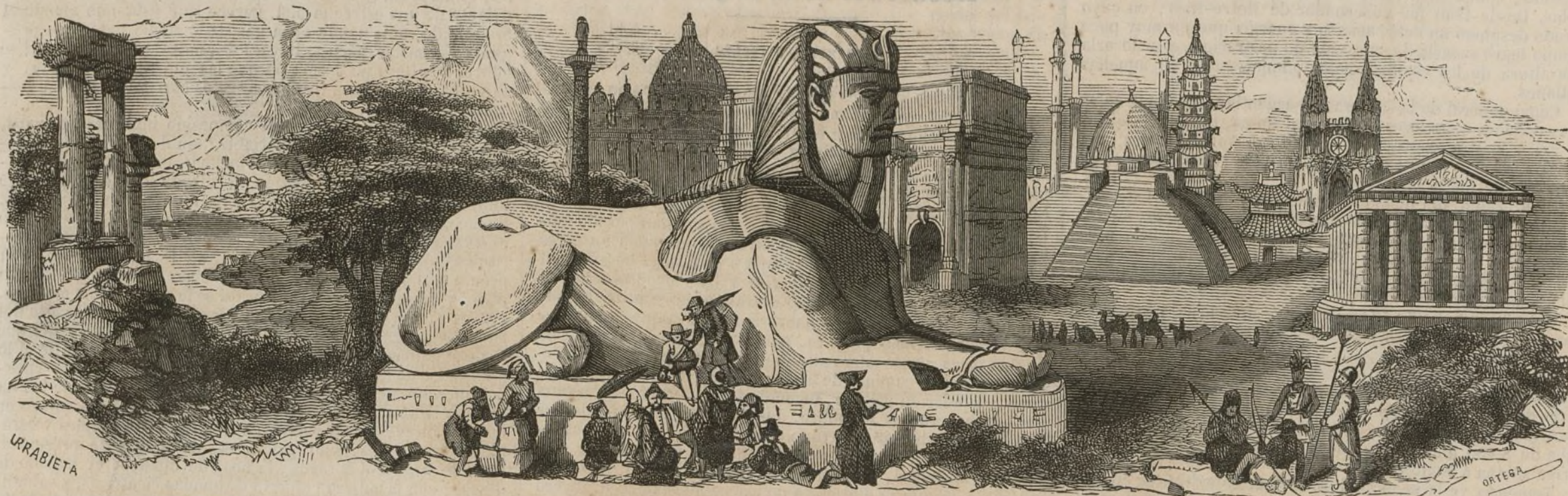


EL UNIVERSO PINTORESCO,

31. MARZO, 1855.

PERIÓDICO QUINCENAL.



Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

París: librería española, de Hidalgo, rue Pavée St. André, núm. 3.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Mr. Gay-Lussac, miembro del Instituto, muerto en París el 9 de mayo de 1850.—El general Urquiza.—Recuerdos de Inglaterra, el campesino inglés.—Una estrella del Oriente.—Cuadro sinóptico de la geografía universal, por don Nicolás Castor de Caudedo. (Conclusion).—Noticias acerca de la bella literatura en general.—La procesion de las sombras; balada por don J. M. Goizueta.

GRABADOS. Retrato de monsieur Gay-Lussac.—Misterios del teatro (continuacion), ocho grabados.

Mr. Gay-Lussac, miembro del Instituto.

Mr. Gay-Lussac (Nicolás Francisco), una de las mas grandes reputaciones científicas del siglo XIX; falleció el día 9 de mayo en su habitación del Jardin de las Plantes, á donde se hizo conducir desde el Limosin, dos meses antes de su fallecimiento. Pocos hombres han tenido una vida tan útil, y señalada por medio de trabajos tan numerosos. No hay rama de las ciencias físicas y químicas que no le deba algun descubrimiento importante. Ora solo, ora como colaborador de hombres eminentes, y con especialidad de Mr. de Thenard y de Mr. Alejandro de Humboldt, ha demostrado en todas las materias su espíritu investigador. Discipulo de la Escuela Politécnica, fué distinguido allí por los sabios ilustres que dirigian la enseñanza, notoriamente por Berthollet, y pasó mucho tiempo sin que llegara á ser el mismo profesor de química. Al mismo tiempo seguía el curso de física general en el Colegio de Francia, y ocupaba tambien la cátedra de química en el Jardin de las Plantes, donde hace pocos años fué víctima de un accidente en plena lección. Fue la única cátedra que conservó, pues habia hecho dimision de las otras dos que desempeñaba. Esperimentador hábil é ingenioso, hizo una grande cantidad de analisis y de experimentos. Logró tambien solo ó con el auxilio de algunos colaboradores, descubrir leyes generales en la composicion de los cuerpos, particularmente en el reino animal y en el reino vegetal. Estableció igualmente muchas leyes generales que rigen los fenómenos de la física. Los métodos de que ha tenido la iniciativa y los aparatos que se le deben, y

de los cuales se sirven los sabios en sus indagaciones científicas, las manufacturas en sus labores, los agentes del fisco cuando tienen que determinar con precision cantidades de materia imponible, serian muy prollo enumerar. No hay nadie que haya oido hablar de su barómetro, de su aleómetro, de su método para examinar las materias metálicas. Era muy jóven todavia cuando le eligieron miembro de la Academia de las Ciencias. Habia pocas sociedades sabias en Francia y

en el extranjero que no hubieran tenido el honor de inscribirle entre sus asociados.

Mr. Gay-Lussac era natural de Saint-Leonard; nació el 6 de diciembre de 1778. Llegó á ser despues de 1830 diputado de su departamento, y despues par de Francia. Ocupó sucesivamente las cátedras de física en la Facultad de las ciencias, de química en la Escuela Politécnica, en el Colegio de Francia y en el Museo. Fué miembro del comité del perfeccionamiento de los polvos, miembro del comité consultivo de las artes y manufacturas, químico de la direccion de los talacos, verificador de las obras de oro y de plata, y redactor de los *Anales de física y de química*.

Falleció á los setenta y dos años de edad. Su salud hasta entonces habia sido fuerte y robusta, pero seis meses antes de su fallecimiento, esto es, casi desde el principio de su enfermedad, se alteró en términos que no dejó esperanzas de vida.

Sus exequias se verificaron el 11 de mayo del indicado año, en medio de un concurso numeroso de sabios y de amigos reunidos á su familia. Mr. Pouillet, en nombre de la facultad de las ciencias, hizo el último homenaje al difunto, uno de los miembros mas antiguos de esta facultad. Mr. Arago, demasiado conmovido para hablar él mismo, hizo oír, por medio de Mr. Flourens los sentimientos de una verdadera y sincera amistad. Monsieur Thenard á su vez, por algunas palabras elocuentes, conmovió profundamente al auditorio, y despues de haber oido ademas á Monsiures Becquerel, Chevreul y Despretz, se separó la multitud, que continuaba hablando de aquel cuya muerte dejó á la ciencia un vacío irreparable.

El general Urquiza.

Desde la caída del dictador Rosas, el cual por tanto siempre habia tenido bajo su tiránico yugo los estados de La Plata y entorpecido su desarrollo, particularmente respecto á su extraordinaria actividad comercial, es el general Urquiza quien ha seguido rigiendo los destinos de las provincias confederadas de la república argentina, y aun cuando la emancipacion de Buenos-Aires últimamente ocurrida, pareció en un principio provocar una nueva re-



volucion, supo el general Urquiza conducirse con tanto tacto, reservándose únicamente la direccion superior de la Confederacion que se puede desde luego esperar se consolide definitivamente el bienestar de aquellos estados, y nadie podrá negarle el grande mérito de haber asegurado el orden y la paz. Entremos, pues, de lleno en su historia, que es á la par la de su patria.

El general Justo José de Urquiza, nació á principios del presente siglo, en la provincia Entre-Ríos: es de mediana estatura, complexion robusta y de costumbres muy morigeradas. Desde 1840 fué gobernador de Entre-Ríos, en cuyo mando desplegó un celo, acierto y energía que en muy poco tiempo logró sacarla de su estado de postracion, y colocarla á la altura de los estados mejor administrados en aquellas regiones.

Como general de la Confederacion argentina, mandó Urquiza á las órdenes superiores del general Rosas, durante la guerra civil y contra los caudillos unitarios Lavalla y Rivera, una division, destruyendo á este último en 1856 completamente en la batalla de India muerta.

El proceder del dictador Rosas y sus máximas federativas, precisaron por fin á Urquiza el reunir las fuerzas de Entre-Ríos y Corrientes con las del emperador del Brasil, para poner fin al despótico poder de aquel gefe que durante veinte años habia hollado sin cesar los verdaderos intereses de la Confederacion argentina.

Cuando en junio de 1851 se avistó el almirante brasileño por primera vez con Urquiza en Gualyguachú, no tuvo éste ejercito alguno, pero aseguró á dicho gefe que si la escuadra brasileña pudiera limpiar los rios Uruguay y Parana de las fuerzas navales de Buenos-Aires, pasaria él al cabo de unos ocho dias con 5,000 hombres de caballeria al rio Uruguay para marchar contra el ejército del general Rosas, que constaba de 8,000 hombres, y que bajo las órdenes del general Orive sitiaba á Montevideo.

Teniendo ya la seguridad de la inmediata eficaz cooperacion combinada, reunió sus tropas y en pocos dias dispuso de 4,000 hombres perfectamente armados, y bastó una campaña muy corta para restablecer la paz en la Banda Oriental, levantar el sitio de Montevideo, y disponerlo todo en términos para emprender desde luego serias operaciones contra Rosas, el cual habia declarado la guerra al Brasil y á sus aliados. Urquiza fué pregonado como un loco desecho, un furibundo y salvaje unitario, y como traidor de la patria, por cuyo crimen seria fusilado tan pronto como fuera habido.

Después de haberse entregado las tropas de Orive cerca de Montenegro en setiembre de 1851, estableció Urquiza su cuartel general en medio de ellas, acampándose su propia caballeria á mas grande distancia del mismo. Embarcóse con el almirante Grenfeld sobre el vapor brasileño *Alfonso* llevándose á bordo 1,200 hombres de infanteria de los que se le habian pasado. Grenfeld no pudo en un principio disimular sus recelos en ver á su buque, su propia persona y la del general en gefe en poder de los soldados de Rosas, pero muy pronto desvaneció todo cuidado al ver la influencia moral que Urquiza habia logrado ya ejercer sobre ellos.

Separándose nuestro general en noviembre de 1851 de Grenfeld, le manifestó que se proponia pasar el dia 20 de diciembre el Parana en el punto llamado *El Diamante*, doce leguas mas abajo de Santa Fé. La infanteria, caballeria y artilleria tuvieron que atravesar extensos territorios y muchos rios. El general Mansilla ocupaba con una division del ejército de Buenos-Aires el paso de Toneleros en el brazo principal del Parana. Las tropas imperiales á pesar de todo abrieron paso, y en la tarde del 19 de diciembre llegó el ejército á *El Diamante* tres horas después del arribo del general en gefe, y así se verificó el paso el mismo dia en que se habia propuesto. En la última victoria en los campos de Monte Caseros desplegó el general Urquiza un extraordinario talento militar. Rosas esperaba aquí mismo en una fuerte posicion elegida con mucho acierto, defendiéndola con 50,000 hombres y 50 piezas de artilleria. No creia remotamente que Urquiza le atacaria en su linea atrincherada, puesto que en realidad solo contaba con caballeria; la infanteria, componiéndose principalmente de soldados de Rosas, esperaba éste que se le pasaran de seguro.

Con la acertada eleccion de la linea de batalla, y colocacion de las tropas, puso Rosas de manifiesto unos conocimientos militares nada comunes. Hallábase su ala derecha protegida por un pantano, su centro ocupaba las colinas y edificios fortificados, y el ala izquierda venia á apoyarse contra un terreno erizado de elevados peñascos. El frente le formaba su infanteria y artilleria, mientras que la caballeria y reserva se hallaba á retaguardia de las alas.

Urquiza á su vez dispuso el orden de batalla en la forma siguiente. Sobre el flanco derecho se encontraba el general Virasoro con las tropas de la provincia de Corrientes; en el centro el baron de Porto Alegre con la infanteria brasileña, y sobre el ala izquierda la infanteria oriental mandada por el coronel César Diaz.

La fuerza total ascendió á 25,000 hombres y 50 piezas de artilleria. La caballeria con sus 12,000 caballos estaba formada en masa en vanguardia del segundo regimiento de lanceros brasileños, cuyo mando tuvo el coronel, hoy general Osorio. Estas divisiones avanzaron simultáneamente y con extraordinaria decision sobre el enemigo.

Los brasileños formados batallones marcharon en columna cerrada contra el centro enemigo y á despecho del fuego de la artilleria despedido de cincuenta bocas. Luego que se generalizó la batalla en toda la linea, arrojóse Urquiza con toda su caballeria sobre el ala izquierda de Rosas, que habia avanzado un poco, y deshaciéndola acometió la caballeria de reserva y la rechazó en precipitada fuga hasta Buenos-Aires. Las 50 piezas fueron tomadas por los brasileños á la bayoneta, lo que coronó el brillante éxito de la batalla. La mayor gloria de estas valientes tropas fué de que en vez de encarnizar mas el combate, no cesaron de gritar á los ya aterrados soldados de Rosas: ¡Entregaos á los azules: ellos no dan muerte á sus enemigos!

Un cuerpo de tropas que ocupaba uno de los edificios fortificados se negó á entregarse á los orientales, pero enviando el general al capitán brasileño Petra, se rindieron al instante. Los 5,000 brasileños hicieron hasta 5,000 prisioneros.

Bien conocido es el uso que el general Urquiza hizo después de su poder, para restablecer en el país la verdadera libertad y completa seguridad. Su conducta eminentemente

reconciliable y prudente, la prueba, la abolicion de la pena capital por delitos políticos, la restitucion de todos los bienes confiscados á su mortal enemigo Rosas, y la libre navegacion de los rios en beneficio del comercio universal. Todo esto debe quedar consignado en las páginas de la historia de la república argentina, como principio de una nueva era de prosperidad, progreso y civilizacion.

Recuerdos de la Inglaterra.

EL CAMPESINO INGLÉS.

El campesino inglés es mirado generalmente como un animal muy simple y monotonó, y cuando se le llama palurdo ó zoquete lugareño, se cree haber referido toda su historia. A juzgar por la pintura que de él se nos hace, es un patán de alta estatura, estúpido, con un sombrero de paja, su blusa blanca, un par de gruesos zapatos, tal en fin como los artistas de Londres los ven reunidos en los distritos de la capital. Hé aquí, dicen, el campesino inglés. Los que han pasado mas adelante en el centro de la Inglaterra, los que conocen otros países ademas de los de Surrey, Kent ó Middlesex, han visto al campesino inglés con otros atavios y bajo muchos aspectos diferentes. Si quisieran tomarse el trabajo de recordar todo lo que han sabido de ellos, reconocerian en el campesino un ser que abraza muchos. ¿Qué es, pues, el campesino inglés? Es en una pieza un jornalero, un leñador, un labrador, carretero, peon de los caminos de hierro y de los canales, guarda de cotos, cazador en vedado, incendiario, tabernero de un lugar, carbonero; es un pobre, que anda dificultosamente por el patio de un hospital parroquial, ó que trabaja en los campos de cualquier cortijo; es un barquero, un caminero, un cantero, un tejero, un pastor, un cazador de topos. Hay otros mil oficios en que se diferencia de ese campesino de sombrero de paja y zapatos groseros, cuyo retrato cuelga en las vidrieras de todas las tiendas de estampas: no se le parece este mas que un vecino de Londres á uno de Newcastle.

Solamente en lo respectivo á su traje ofrece cada distrito notables variedades. En los condados que rodean á Londres al Este y Oeste, en el Berkshire, el Hampshire, el Wiltshire, etc., es el hombre con blusa blanca de los grabadores de Londres, con cara larga, megillas coloradas y aire calmoso y estúpido. En el Hertfordshire, el Bedfordshire y pueblos circunvecinos, lleva blusa de verde aceituna, con un sombrero redondo de anchas alas vueltas hacia arriba, cuya moda ha prevalecido hace algunos años. En el centro, y particularmente en el Leicestershire, en los condados de Derby, de Nottingham, de Warwick, de Staffordshire, va enfardado en una blusa azul ahuecada por el espinazo y espalda, por el pecho y los puños. Estas partes están tambien adornadas con pequeños bordados de hilo blanco, y en la parte delantera del cuello cosido con firmeza un corazon blanco. Un vecino de estas comarcas se creeria deshonorado si saliese sin su blusa. Es lo primero de que se provee cuando va á un mercado ó á una feria, donde las encuentra colgadas á las puertas de las tiendas, flotando al aire como un espantapájaros.

Debajo de esta blusa lleva un vestido de paño burdo, un chaleco encarnado ó amarillo, medias azules, grandes botines atacados y calzones de ante. Tienen á gala rodearse el cuello de un pañuelo encarnado, cuyas dos puntas cuelgan sobre el pecho. En otras muchas partes de Inglaterra no llevan blusa, sino un vestido de ante ó de fustán con grandes bolsillos y botones enormes.

Tal es su traje diario, el traje de trabajo; pero reparadlo un domingo, un dia de fiesta; reparadlo en la iglesia, en una velada ó en una feria. Si no se ha puesto su blusa mas llamante, que todavia no ha sido deslustrada por el trabajo, llama la atención por su levita azul, parda ó verde aceituna, su chaleco de cualquier color vivo, rayado de escarlata, azul ó verde, y sus pantalones generalmente azules, casi tan anchos como los de los marineros. No solamente se guarda mucho de arrastrarlos, sino que si encuentra la yerba algo humedecida por la escarcha, ó con que el camino esté algo cubierto de yerba, se los hace subir á mitad de pierna. A estos atavios se añade un sombrero á la moderna que le ha costado cuatro chelines (sobre 20 reales), y como el lugareño se crea con algun mérito físico y en boga entre las mozas, echa arrogantemente su sombrero hacia el lado de la oreja, tomando un aire grave é importante. El cuello de la camisa, de tela gruesa, sale el domingo luciendo sus largas puntas, y las de su corbata casi llegan á barrer la tierra. Lo que mas pena le da cuando se ve vestido de punta en blanco, es el no saber qué hacerse de sus manos ni donde meterlas. Los dias de trabajo tienen bastante ocupacion; pero en las horas de descanso advierten con disgusto su ociosidad, porque como jamas gastan guantes, á no ser los hombres de edad muy avanzada, unas veces las meten en los bolsillos del pantalón, otras en los del chaleco y aun en los mismos de detrás de su levita. En este caso los dos faldones caen perpendicularmente sobre su cuerpo á manera de dos colas.

El mejor remedio de estos inconvenientes es una caña ó baston. En un rincón de su cabaña, entre la caja del reloj y la pared, se encuentra comunmente un baston de una especie que designa suficientemente su dueño. Es una gruesa vara de Fresno, que remata en alguna figura esculpida, ó de nogal, alrededor de la cual está figurada una madre selva en forma espiral, formando un relieve desigual. Si el campesino inglés prefiere llevar una vara cualquiera en lugar de baston, agarra una fuerte para ir descabezando al paso los cardos, los lampazos y las ortigas.

En los dias largos se llegan los lugareños á la ciudad mas inmediata por las ropas de sus hermanas. Las costureras de los pueblos hacen todos los esfuerzos posibles por hacerles entrar en la última moda, es decir, en la moda última que ha podido penetrar en el país en que habitan; y en verdad que si el gusto con que están arreglados sus trajes no se resintiese un poco del miedo, se las podría tomar por mujeres de ciudad.

Los viejos forman una clase aparte, que todavia no ha sacudido el polvo del mundo antiguo: se van á la iglesia tambaleando y parándose á cada paso. La distancia que hay de su casa á la iglesia suele ser su paseo mas largo. El viejo se apoya pesadamente en su baston; sus escasos cabellos blan-

cos caen sobre la espalda; su casaca con abundantes botones de acero y su cuello cuadrilongo, tiene un aspecto antiguo y solemne. Sus calzones de badana, casi fuera de servicio, forman pliegues sobre las rodillas, y sus anchos zapatos están provistos de hebillas de acero. A su lado va su anciana consorte, con su sombrerito negro á la antigua, su vestido enramado que deja entrever un jubon terminado en picos, sus medias negras, sus zapatos con tacones altos, adornados de grandes hebillas como los de su casto esposo. Lleva una mantellina negra orlada de encage de dibujos antiguos y zurcido con esmero. En invierno su ropón encarnado, guarnecido por delante de una estrecha piel. Parece que está uno viendo el armario de roble donde se ha guardado medio siglo, y se pregunta á sí mismo quien lo llevará después de la que con él se cubre. Sus hijas no serán, porque las modas han variado, y se verán precisadas á trasformar estos atavios góticos en vestiditos para niños.

Pero ¿quién piensa que el campesino inglés es zopenco, negado y de un carácter invariable? Sin duda no tiene el espíritu inculto, la indolencia, la inclinacion al baile, á los juegos y bullicios que distinguen al aldeano irlandés, ni tiene tampoco las costumbres graves y la inteligencia del escocés. Puede decirse de él, valiéndose de su propia expresion, que es *between and between* (entre los dos). Tiene bastante espíritu cuando llega la ocasion, sabe divertirse á su tiempo, está pronto á tomar parte en una ronda cuando su sangre circula bien, y se entregará á la lectura si se le proporciona maestro. ¿No es esta la verdadera raíz del carácter inglés? Sacado del fango de su ignorancia, arrancado del trabajo incesante que lo tiene embargado; labrado, pulimentado, y hareis de él lo que os acomode. ¿De qué se componen principalmente vuestros ejércitos sino de aldeanos ingleses? ¿A cuántos se les ha quitado la azada de las manos para enviarlos á maniobrar en las escuadras, y han vuelto á sus aldeas, no simples y estúpidos como antes, sino gallardos, de arrogante presencia, lleno de alegría el corazon, la boca de chistes, el bolsillo de dinero, con la cabeza cubierta de honradas cicatrices, y sabiendo tan bien como el primero el arte de enamorar al bello sexo?

Cooper, autor inglés, ha pintado con rasgos muy vivos las trasformaciones que convierten la informe crisálida en una brillante mariposa de los campos. Coged al animal jóven y le dareis la forma que os acomode: aprenderá á llevar medias de seda, calzones de veludillo encarnado, casaca sin cuello, botonadura de plata, á abrir una puerta de dos hojas, á plantarse baston en mano detrás de la carroza de milady, con una gracia, con una naturalidad, con un descaro igual al de toda la tribu de los criados. Podreis convertirle en un empleado, en un predicador, plantarle una pluma detrás de la oreja, ó hacerle subir á una cátedra. Para esto no se necesitan mas que circunstancias favorables. Si persevera labriego, culpa es de la fortuna y no suya. Su alma es un barbecho fecundo, que por desgracia nadie se acuerda de cultivar; pero quede en hora buena en su clase, no lo hostigais demasiado, mantenedlo regularmente, proporcionadle trabajo suficiente, y lo mismo que su compañero el caballo que tira de su carreta, trabajará hasta la muerte.

Así en el Norte de Inglaterra, donde se le da un albergue y alimento, donde tienen cuidado de evitar la concurrencia entre los trabajadores, dirigiendo hacia otros puntos el sobrante de la poblacion, el campesino lleva su suerte con paciencia.

Mas en las marismas de Lincolnshire, de Cambridge y de Huntingdon, en muchos distritos arcillosos y areniscos de Inglaterra, donde las propiedades dan escasos productos, donde apenas se encuentran diseminados uno que otro cortijo, el campesino inglés es miserable y embrutecido; es un ente de piernas largas y delgadas, que, cuando se le hace una pregunta, ladra en vez de hablar, sin entender lo que se le quiere decir, ni aun las palabras con que se lo dicen. Es una masa de carne en movimiento, una máquina con ojos y orejas, brazos y piernas; pero con un alma tan estancada como las aguas de sus albercas cenagosas. Nunca ha tenido ocasion de poner en juego sus potencias, y esa es la causa de tenerlas tan embargadas. Nunca se le ha pedido mas que robustos remos para arar, sembrar, segar, trillar, guardar ganado; y aun en estas mismas operaciones sus músculos están reducidos á un juego mecánico. Tal es el campesino inglés en todos los distritos donde alguno no se ha dedicado á animar aquel barro. Pero ¿qué será en distritos donde habita entre millares de hombres ricos é instruidos? ¿Qué en las inmediaciones de Londres, de la gran ciudad, de la ciudad famosa é ilustrada? Lo mismo poco mas ó menos, y casi por las mismas causas. Pocos se toman el trabajo de fijar su atencion en él. Llegá á comprender que no es mas que un esclavo vil en medio de hombres libres y fuertes, una simple máquina en manos de los poderosos, que lo tratan como á tal. Ve los rayos de la grandeza, pero no siente su benéfico calor; oye decir que hay en Londres grandes filósofos, pero todo lo que de ellos sabe es que su filosofía no se cuida de su ignorancia. Puede decir muy bien con un poeta: ¿qué diferencia hay entre el rico y yo? ¿quién lo ha colocado tan alto? ¿de qué proviene esa distancia que separa al ocioso del humilde trabajador? ¿No habia sido yo criado para mejor destino? ¡Ah! Si un despota arrogante se rie de mis sufrimientos en un palacio de magníficas puertas, rodeado como un rey, de un enjambre de criados, bebiendo en copas de oro, alegre y coronado de flores, es por la injusticia de las leyes humanas: la tierra debe fructificar para todos sus habitantes: los frutos para todos nacen; y la sociedad ha obrado impiamente quebrantando el nivel de esta igualdad... Tal vez llegará un dia, en que libre el esclavo de los caprichos de su amo, allanando los caminos de un porvenir feliz, llegue á ocupar su lugar en el banquete de los hombres.

Pero el campesino está muy lejos de usar de semejante lenguaje. Conoce su situacion, y este conocimiento lo acobarda. Sabe que corresponde á una casta despreciada, y en las cercanías de Londres, lo mismo que en otros muchos puntos, es un verdadero bruto. No se diferencia del asno ó del carnero mas que en andar con dos pies. No tiene ocurrencias, no tiene buen humor, ni originalidad; es cerrado, monótono, torpe.

Pero, señores, andad algo mas, alejaos algun tanto de la espléndida capital de Inglaterra; dirigios hacia el Mediodía ó hacia el Norte, donde el orgullo de los grandes no se ha desahollado con tanta ostentacion á la vista de los pobres, don-

de los lugareños están en bastante mayoría para sostenerse mutuamente, y allí encontráis al campesino inglés más dichoso e ilustrado. Las lecciones del domingo, las lecciones diarias de la escuela de su pueblo, los hacen capaces a lo menos de leer la Biblia. Allí conoce el campesino que es hombre, habla un dialecto algo corrompido, es cierto, pero es un hombre fino, si con el otro se le compara. Oído en los prados, en los campos, en casa a la hora de cenar, sentado al lado del fuego en la taberna de su lugar; sus chanzas no son siempre de buen gusto, pero tienen originalidad. Está muy lejos de parecerse a los semi-ciudadanos de las cercanías de Londres, tan chupados y macilentos: este es un hombre robusto, cuadrado, sólido, armado de un par de piernas que lo conducen a donde quiere, tan independiente como Hampden el que rehusó pagar los impuestos. ¡Qué musculatura! ¡qué nervios! ¡qué carrillos! Mirad como saluda a un rico que pasa en su coche: ¡llega con la mano al ala del sombrero, inclina la cabeza, ó la baja hacia el suelo? nada de eso: mira al rico cara á cara, con respeto, pero sin temor, y de sus pulmones robustos sale un *buenos días* varonil y sonoro. A su igual le alarga la mano, y se la estrecha cordialmente, y al *buenos días, caballero*, sustituye el *¿cómo te va, Juan?* y *¿cómo están María y los niños?* ¿y tus cerdos y los huertos?

¡Cuánto me gusta oír la conversacion de estas buenas gentes! En ellos se encuentran los restos de los tiempos felices de Inglaterra. Me contrasta ver por un lado una pobreza servil, y por otro un orgullo endurecido. Deseo oír palabras pronunciadas por la humilde independencia: me gustan las afables conversaciones de gentes pobres, pero llenas de ánimo, como que gusta la brisa del mar y de los montes. ¡Ah! ¡cuánto temo que el ardimiento de estos despejados lugareños, que su confianza, su franqueza y cordialidad, no se hayan visto abatidas por leyes duras y cruelmente aplicadas aun á los distritos más favorecidos! de otra modo, ¿cómo se explica esa emigracion continua? ¿qué vienen esas coaliciones de parroquias? ¿No será ya tal vez el campesino inglés el que era? Si vuelvo á las campiñas, donde pase en otro tiempo tan venturosas horas, ¿no volveré á encontrar los joviales grupos sentados alrededor de las hayas ó en medio de las garbas, riendo, conversando, y contando la historia de su país?

¿No volveré á oír la historia del arrendador que no escribió en toda su vida más que una sola carta, y ésta á un caballero que vivía á doce leguas de distancia? El caballero abrió la carta, pero no pudo descifrar más que el nombre, y las señas de la casa de quien le escribía. Incomodado, montó á caballo y fué á buscar al arrendador, para que el mismo le leyese su carta; pero, ¡cosa rara! el arrendador no acertó jamás á leer su propio escrito.

¿No volveré á oír la historia de Jonatás, el viejo y vigoroso segador, apostrofando al toro que le perseguía, y de quien se libró al fin subiéndose á un árbol? Jonatás, encaramado en una rama, miraba al toro con el mayor desprecio, y trataba de convencerlo de que era un cobarde y un poltron.

—Si, le decía, mira si las armas son iguales: yo tengo valor, pero ¿qué vale mi fuerza en comparacion de la tuya?

¿No os volveré á oír, historias y anécdotas, que pintan la sencilla vida del distrito, y derramais la alegría al mismo tiempo mas que las muchas hermosas producciones leídas en mas bellas moradas? Tal vez la dureza de los tiempos y de las leves ha amortiguado la jovialidad del labriego inglés, y puesto silencio á su voz argentina y sonora como la del gallo á la madrugada. Con todo, deseo poder creer que la antigua animacion reinaba en algunos distritos templados y pintorescos. Animados grupos se reúnen cada noche en derredor del hogar doméstico debajo de las vigas bajas y ahumadas, y si se hacen cargo de que, lo mismo que sus padres, están condenados al trabajo y á los tormentos, conocen asimismo que tienen corazon y honor, y que gozan de las dulzuras de una dulce simpatía. Acuérdese la Inglaterra de que esta es la hijuela del campesino inglés, y que nunca dejará de manifestarse el mas noble y digno de todos los jornaleros de la tierra! ¿No lo es en efecto en la paciencia con que soporta la miseria? ¿No lo es cuando su amo le da alguna prueba de interés, y le concede algunas ventajas, algun pedazo de tierra? ¿Quién en este caso es tan industrioso, tan previsor, tan constante, y tan exacto?

El labriego inglés tiene en su natural todos los elementos del carácter inglés: proporcionarle alguna comodidad y quedado satisfecho: maltratado y su desesperacion parará en rabia.

En sus años juveniles, antes de cargar con los cuidados de una familia, tiene un corazon alegre y ligero. En viendo jóvenes aldeanos toma al instante parte en sus juegos, y á manera de pesados caballos de tiro que el domingo andan sueltos paciéndose por el campo, galopan, juegan y aturden á gritos: sus juegos no tienen en verdad malicia; pero corren a cada momento el riesgo de romperse las costillas ó desahacerse la cabeza. Por eso sus juegos se llaman juegos de caballos: estos consisten en saltos, manotones, golpes, volteretas y risas. Pero para ver al joven campesino en el centro de sus glorias, es menester verlo ir á la feria de San Miguel. Ha estado sirviendo un año entero, y recibido sus salarios: tiene su dinero en el bolsillo, su novia del brazo ó está seguro de encontrarla en la feria. Que conserve su colocacion, ó que tome otra, ha de tener una semana de enteras vacaciones. Así es que el día de San Miguel él y sus compañeros, y todos los lugareños de los alrededores toman el camino de la feria: las casas de campo se quedan desiertas, y los caminos hirviendo en gentes. Alla van á torrentes, mozas y mozos con todas sus galas, hablando alto, y riendo aun mas alto. Vedlos llegar reunidos á la ciudad donde se celebra la feria: ¡cuántos preparativos para ellos! Funciones de títeres, teatros al cielo raso, tiendas rebuitadas de géneros de todas clases, cuchillos, peines, mantecados, alajú, y mil invenciones para arrancar de sus bolsillos unos salarios ganados con tanto trabajo. No llevan intencion de andarse aquel día con economías: es preciso regalar á su novia, y además ajustarla un vestido nuevo. ¡Veis esas oleadas de gentes que todo lo llevan! El galán aprieta sus codos, la muchacha se cuelga de su brazo, y no hay fuerza humana capaz de separarlos. Empujan ó sostienen las oleadas, pero siguen adelante fuertemente asidos del brazo y sin dar un traspie. Ven las curiosidades, se cuelan en los corros con boca y ojos abiertos, admiran á los bailarines y sus trages llenos de lentejuelas, las muñecas y saltos del arlequin. Corren alegremente, bailan con la misma alegría, con la ligereza del elefante y del hipopótamo, y algunos días después vuelven á su yugo y á sus trabajos.

¿Y son estos los hombres á quienes la desesperacion pre-

cipita en el crimen? ¿Son estos los hombres que llegan á ser tomadores de lo ajeno é incendiarios de profesion? ¡Cómo! ¿y por qué? No es la abundancia, ni son los buenos tratamientos los que los trasforman así. ¿Qué será pues?

«Lo que hace que los lobos reunidos en rebaños bajen atallando de lo espeso de los montes; lo que hace levantar en masa á los grandes populachos, y precipitarse espada en mano contra las ciudades; lo que vuelve al hombre ciego y desapiadado, son las dos horribles hermanas, la miseria y el hambre.»

Quando el jornalero inglés está satisfecho, con alguna comodidad, bien alimentado, bien abrigado, ¿se cuida del número de faisanes que encierra una selva, ó de los sacos de trigo que contiene el granero de un cortijo? Pero cuando tiene una docena de espaldas que cubrir, y una docena de bocas que tapar, sin tener nada que poner sobre unas, y poco que meter por otras; entonces el hombre que os parecia limitado en sus deseos y contento con su modesta existencia, se vuelve un criminal endurecido. Lo mismo es para él tirar á un faisán que á un guarda-bosque. ¡Cómo! ¿el hombre que reía, sin cuidado ninguno, que levantaba orgullosamente la cabeza, se cuele con un farol de ronda en la mano en el granero de su vecino? ¿Y es ese el campesino inglés? ¡Sí, es el mismo, el mismo en persona! ¿Pues quién lo ha trasformado así? ¿Quién ha metido en su corazon un demonio, una furia? ¿Quién lo ha convertido en una plaga? Si es culpable, ¿debe reprendérsele á él solo, ó hacer recaer la falta en algun otro?

FENIMORE COOPER.

El siglo XIX.

¡Oh siglo del vapor y del buen tono!

(BRETON DE LOS HERREROS).

Inspirame tu ardor, dame tu fuego,
¡Oh siglo monstruo que corriendo vamos!
Que es de mas evocar el estro griego
Quando sujetos á tu influjo estamos:
Ni los dulces cantares de aquel ciego
Que se disputan Colofon y Samos,
Ni los afectos mágicos que inspira
Del sublimado Píndaro la lira.

Inspirame ese genio que te agita,
Siglo de periodistas y vapores,
Y mi cerebro ardiente precipita
De tu confuso centro en los hervores.
Disípame este resto que me irrita
De antiguos y fantásticos temores
Que me hacen preguntar con miedo interno:
¿Voy á lanzarme á un cielo ó á un infierno?

Preséntate á mis ojos deslumbrante,
Para llenar del alma los confines,
Con tu apiñado séquito brillante
De genios, nulidades, mandarines:
Personifica colossal, triunfante,
Con su diente, sus uñas y sus crines,
A ese informe y fatídico vestigio
A quien llamas *espíritu del siglo*.

Preséntate á mis ojos fascinados
Brillando con la luz de cien naciones
Entre los otros siglos embozados
En su manto de añejas tradiciones:
Infunde en mis sentidos agitados
La esencia de tus vivas impresiones,
Para que siga dócil por tu senda,
Y, ya que no te cante, te comprenda.

¿Esa luz viva que á la tierra envías,
Claro fulgor de misteriosa esfera,
Es la alborada de mejores días
O de un volcán la inapagable hoguera?
¿Con vuelo rapidísimo nos guías,
O resvalamos en veloz carrera
Solos y á impulso del poder divino
Por el carril que nos trazó el destino?

¿Quién lo puede saber? En esta sima
Que alumbras con el fuego de tu aliento,
En esta informe confusion que anima
Tu esencia con extraño movimiento,
El vasto genio que tu ser sublima
Del bajo suelo hasta el celeste asiento,
Con nuestro humano entendimiento rudo
¿Quién lo puede saber si tú estás mudo?

De un hombre grande tu gigante cuna
Primer impulso en tu niñez recibe,
Que el esplendor se unió de su fortuna
Al que tu sol á nuestra vista exhibe.
Ya las dos luces absorbiste en una:
El hombre ha muerto; mas el siglo vive,
Y ya que es grande y que su fuerza es mucha
¿Quién contra el siglo se declara en lucha?

No: dejadlo pasar; pase en buen hora
Envuelto en sus brillantes devaneos,

Dando con su influencia seductora
Luchas al alma, al corazon deseos:
Tal vez él mismo sus estragos llora
Su desnudez cubriendo de trofeos,
Y el hierro que forjara en su locura
Templado está con llanto de amargura.

Dejad que pase sobre el pobre suelo,
Cual negra nube por los anchos mares,
Con máximas de duda y desconsuelo
Hollando tronos y manchando altares:
Dejad que pase, la discordia y duelo
Sembrando artero en los paternos lares,
Revolviendo entre pueblos y entre reyes
Caducos timbres, caprichosas leyes.

Dejad que pase con mentido halago
Del corazon secando las creencias,
Dejad que insulte con sarcasmo vago
Al mismo objeto que buscó en sus ciencias:
De Palmira, de Menfis, de Cartago
Dejadle que recoja las herencias,
Remedando en sus fábricas mezquinas
Esas grandes, magnificas ruinas.

O bien dejadlo que en silencio espere
Tendido sobre el potro del hastio,
Los decretos de un Dios que nunca muere
Y el fin de su espirante poderío:
Y en tanto que al abismo no corriere
Del tiempo, cual al mar sonante río,
Vuestros murmullos acallando vanos,
Respetad su delirio y sus arcanos.

Vedlo: cual atalaya formidable
De lo pasado, su mirar despeja
Del olvido la nube impenetrable
Para mirar al tiempo que se aleja:
Mientras la eternidad, mar insondable
Dó el sol de la justicia se refleja,
La inmensidad ante su vista ofrece
Y sus mágicos sueños desvanece.

Que vendrá tiempo en que de su alta cumbre
Rodará ese gigante despeñado,
En que su sol de rutilante lumbré
Por otro nuevo quedará eclipsado:
Y de sabios la nueva muchedumbre,
Al contemplar los siglos que han pasado
Allá en la historia su mirada breve
Pasarán sobre el siglo diez y nueve.

F. BELLO.

Young.

Eduardo Young, poeta inglés, que nació el año 1684 en Up-ham en el condado de Hampt, es el último de los famosos autores que han ilustrado la Inglaterra y el principio del último siglo. Tuvo menos gusto que ellos, y se desdénó de seguir sus huellas. Enemigo hasta el extremo de la imitacion, su imaginacion se abandonó á ella misma, y nacido para ser original quiso serlo. Se le envió á Oxford para hacer sus estudios, y á la edad de veinte y cuatro años concluyó su carrera en el colegio de All-Souls; pero inclinado por su genio á la poesia, publicó en 1719 la tragedia de *Busiris*, y dos años después la de la *Venganza*. Estas dos piezas, su poema sobre el *Juicio final* y el de la *Fuerza de la Religion* ó el *Amor vencido*, anunciaron á los ingleses un grande escritor mas, y el duque Warthou se declaró su Mecenaz. No habiendo podido obtener Young del parlamento una plaza para Cirencester, abandonó la carrera, y dedicado al estudio de la teologia y de la moral, tomó el estado eclesiástico. Desde luego fué nombrado capellan del rey, y dos años después cura párroco de Welwin por el colegio á que estaba agregado. Al siguiente año, 1731, casó con la viuda del coronel Lee, hija del conde Lichtfield. Diez años después, y en menos de tres meses, murieron su muger y dos hijos que habia tenido de su primer marido. Privado de lo que mas apreciaba, disgustado del mundo y de la vida, encontrándose ya á la edad de sesenta años, Young no procuró otros consuelos que los que proporciona el porvenir á que el hombre triste desea acogerse; pero sus lágrimas no fueron estériles para su gloria: entonces fué cuando en medio de sus penas compuso su poema titulado las *Noches*, sublime y muy original, en donde brillan las grandes bellezas de la poesia unidas á las eternas verdades de la moral y de la religion, y el deseo de fecundar en los demas estas mismas verdades, es el que ha producido los defectos de su poema, como obra literaria, en la que abundan la monotonía y los rodeos por la repetición tan frecuente de unas mismas ideas.

La muerte que Young habia tantas veces invocado, le arancó de este mundo el 12 de abril de 1763 hallándose de cura párroco de Welwin, donde fué enterrado bajo el altar de su iglesia al lado de su muger, habiendo arrojado al fuego un poco antes de espirar todos sus manuscritos. Debe llorarse esta pérdida si se considera la originalidad de su talento, la valentía de sus pensamientos y sus relaciones con Addison. Fué apreciable como cristiano y como ministro: su vida aconsejaba la virtud con la misma elocuencia que sus escritos: su carácter era grave y magestuoso; pero su aversion á las debilidades y defectos humanos no le impedía la amistad con los hombres.

AMÉRICA. (CONTINUACION.)

NACIONES.	MARES.	RIOS.	MONTES.	VOLCANES.	CABOS.	ISLAS.	LACOS.	RELIGION.	GOBIERNO.	CIUDADES.	HABITANTES.	OBSERVACIONES.
REPUBLICA DE YUCATAN.	Océano Atlántico.							Católica con tolerancia.	Republicano.	Merida, (capital). Sisal.	Va incluido el número de Méjico.	Separase hace poco de la de Méjico, pero aun no está reconocida. Ocupa la península de su nombre, entre los golfos de Campeche y Honduras.
REPUBLICA DE NUEVA GRANA.	Océano Atlántico.							Católica.	Republicano.	Puerto-Rico, San Juan, Ponce, Caguas, Mayaguez, San Pedro de Macoris.	2.000.000	Dividese en cinco departamentos. Formaba parte de la gran república colombiana que en 1851 se fraccionó en las repúblicas de Venezuela, Ecuador y Nueva Granada.
REPUBLICA DE VENEZUELA.	Océano Atlántico.							Católica.	Republicano.	Caracas, Valencia, Maracaibo, Guayana Francesa.	Comprende en el anterior.	El clima, así como el de toda la Colombia, es cálido, húmedo y mal sano. Dividese en cuatro departamentos, y está confederada con Nueva Granada y el Ecuador.
REPUBLICA DE ECUADOR.	Océano Atlántico.							Católica.	Republicano.	Quito, Guayaquil, Cuenca, Loja.	Comprende en el anterior.	Se divide en tres departamentos.
GUAYANA.	Océano Atlántico.							Católica.	Republicano.	Georgetown.	230.000	Este vasto país, cuyo interior está habitado por indios independientes y por tres repúblicas de negros, pertenece a la Francia, Inglaterra y Holanda. El clima es muy malsano.
REPUBLICA DE PERU.	Océano Atlántico.							Católica.	Republicano.	Lima, Arequipa, Puno, Cuzco, Callao, Trujillo.	1.700.000	La temperatura de esta riquísima región, que comprende tantas minas de oro y plata, es muy variada. Desde 1821 que se segregó de España, formaba el Perú una república, pero luego se dividió en dos, que se denominan Estado Norte y Estado Sur. El 1.º consta de ocho departamentos y el 2.º de cuatro. Tiene de largo al Perú mas de 500 leguas, y 250 de ancho.
REPUBLICA DE BOLIVIA.	Océano Atlántico.							Católica.	Republicano.	Sucre, La Paz, Potosí, Oruro.	1.500.000	El clima es como el de Méjico. La parte del Potosí es celebrada por sus minas de oro. La ercción en república fue en 1825. Y tomó el nombre de Bolívar, su libertador. La división es en seis departamentos.
REPUBLICA DE CHILE.	Océano Atlántico.							Católica.	Republicano.	Santiago, Valparaíso, Concepción, Antofagasta.	1.400.000	Se originó en república en 1825. Dividese en ocho provincias. Dentro de la república está enclavada la Arica, por habitado por indígenas indígenas dependientes mas civilizados.
REPUBLICA DE ARGENTINA.	Océano Atlántico.							Católica.	Republicano.	Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Tucumán.	300.000	La división es en cuatro provincias. Este vasto territorio se llama también Confederación del río de la Plata. El clima es sano y el suelo muy fértil.
REPUBLICA DE PARAGUAY.	Océano Atlántico.							Católica.	Republicano.	Asunción, Encarnación, Itapúa, Yteño.	250.000	Es país fértil y de clima templado y húmedo. Hízose independiente en 1815. El doctor Francia, jesuita, fue dictador del Paraguay, largo tiempo, y a ejemplo de la China, hizo incommunicar este país con el resto del mundo. Había también Tierra de las misiones.
REPUBLICA DE URUGUAY.	Océano Atlántico.							Católica.	Republicano.	Montevideo, Maldonado, San José.	70.000	Límanse también Cispaltina, y es desmembración del Brasil. El clima es sano. Dividese en nueve departamentos.
IMPERIO DE BRASIL.	Océano Atlántico.							Católica.	Representativo y despótico.	Rio Janeiro, Salvador, Recife, São Paulo.	5.000.000	Este vasto imperio goza de clima delicioso y sano, y de un suelo de los mas ricos y fértiles. Pertenecía antes al Portugal, pero en 1822 se constituyó en imperio independiente. Divídese en diez y ocho provincias. El interior está ocupado por varias naciones salvajes, como los indios, muncos, manituvianos, guanos, boros, tupiambos, etc.

OCEANIA O MUNDO MARITIMO.

Dase ehe nombre al espacio del globo comprendido entre la América y Asia, que comprende todas las islas diseminadas por el Grande Océano y el Pacifico. La población será de 30.000.000 de habitantes, procedentes de las razas mongólica, malaia y oceánica ó negritza. Las producciones son ricas y variadas en los tres reinos animal, mineral y vegetal.

NACIONES.	MARES.	RIOS.	MONTES.	VOLCANES.	CABOS.	ISLAS.	LACOS.	RELIGION.	GOBIERNO.	CIUDADES.	HABITANTES.	OBSERVACIONES.
MALASIA.	Océano Atlántico.							Católica.	Absoluto y despótico.	Manila, Batavia, Singapur, Calcuta.	27.300.000	Las islas Filipinas, que pertenecen a España, fueron descubiertas por Magallanes en 1521. Son muy fértiles. Forman una capitania general que se divide en treinta provincias. Sumatra es la principal de las islas de la Sonda; parte de ella es holandesa y parte independiente. En esta última van com- prendidos los reinos de Achén y Chak. Java es también de este archipiélago, y pertenece a los holandeses. Celebes da nombre a otro archipiélago, y está dividida en dos naciones, macasares y bujises, y bajo la dominación holan- desa. Borneo es la isla mayor del globo después de Australia. Hay en ella los reinos de Borneo, Sumbas y Bangermaines. El interior lo habitan salvajes.
MELANESIA.	Océano Atlántico.							Católica.	Absoluto y despótico.	Singapur, Calcuta.	1.600.000	La Australia es una isla de extensión casi igual a la de toda Europa: el in- terior, quedándose, le habitan salvajes muy feroces. Las costas pertenecen a Inglaterra. La tierra de Diemen es otra gran isla, en la que tienen también establecimientos los ingleses. La Nueva Guinea o Papuas es también de las mayores del mundo; está habitada por los papas y los baratas, pueblos negros muy feroces. Los archipiélagos de la Perouse, Nueva Hebridas, Nueva Caledonia y Whiti, nada ofrecen de notable.
POLINESIA.	Océano Atlántico.							Católica.	Absoluto y despótico.	Singapur, Calcuta.	1.000.000	Non en general muy fértiles estas islas. En el archipiélago de Hawaii hay un reino bastante civilizado. El de Nankai-Hwa tiene seis islas principales, y es donde se encuentran las mujeres mas bellas de la Polinesia. El de Pono- tu ofrece multitud de islas pequeñas, lagos, arenas y cubiertas de panta- nos. El archipiélago de Tuvalu o Sociedad tiene los habitantes mas bellos y generosos de estas regiones, y profesan la religion cristiana. El de Hanou, en cambio, los tiene muy feroces. El de Tonga se llama también de los Ami- gos, por la lengua tonga que a su descubridor Cook hicieron los habitantes. La Nueva Holanda se compone de dos islas, que gozan del mismo clima que Francia, de quien son antipodas.
MICRONESIA.	Océano Atlántico.							Católica.	Absoluto y despótico.	Manila, Batavia, Singapur, Calcuta.	400.000	El archipiélago de Magallanes es en gran parte volcánico, y se compo- ne de muchos grupos pequeños. El de las Marianas o Ladrones pertenece a España. El de Palos está habitado por gentes hospitalarias e industriosas. El archipiélago de las Carolinas es uno de los mayores de la Oceanía, des- tierro por los españoles, a quien perteneció.

FIN DEL CUADRO SINÓPTICO.



Nociones acerca de la bella literatura en general.

SUMARIO.

Literatura.—Literatura griega.—Literatura latina.—Literatura española.—Poesía española.—Teatro español.—Literatura portuguesa.—Literatura francesa.—Literatura italiana.—Literatura del Norte.—Retórica.—Utilidad de la retórica.—De los géneros de elocuencia que existen.—División de la retórica.

LITERATURA. La definición de la literatura varía según la consideremos: considerada como arte, su objeto es lo bello; lo mismo que la pintura, la escultura, la arquitectura, etc. Considerada históricamente, es el conjunto de los monumentos del pensamiento humano, representados, ora por la palabra, ora por la escritura. Sin embargo, la historia completa de la literatura debería comprender a un mismo tiempo la *poesía*, la *elocuencia*, la *historia*, la *filosofía*, la *política*, la *historia natural*, la *novela*, el *género epistolar*, las *lenguas*, en una palabra, todas las ciencias en general; pero con el fin de no fatigar demasiado la imaginación de mis lectores, he procurado indicar solamente todo lo que comprende la bella literatura en general, aun cuando en otro número me ocupe de alguno de los otros ramos del saber humano.

LITERATURA GRIEGA. La literatura griega se divide en seis épocas principales: la fabulosa, que termina con la guerra de Troya; la heroica, que finaliza con Solón, 594 años antes de Jesucristo; la ateniense, en la que se cultivaron a la vez todos los géneros, y que concluye con el advenimiento de Alejandro, 356 años antes de Jesucristo; la alejandrina, que termina con la toma de Corinto, el año 146 antes de la era cristiana; la romana, y últimamente la bizantina. La literatura griega puede asegurarse que no comienza hasta el tiempo en que Solón promulgó sus primeras leyes, pues antes de esta época, los griegos no poseían mas que los cantos de los poemas conservados por la tradición, porque los pueblos antiguos antes escribieron en verso que en prosa.

Historia. En los tiempos que precedieron a Herodoto, era completamente desconocida la cronología; el primer historiador, que dignamente mereció este nombre, fué Herodoto, natural de Halicarnaso, que nació 484 años antes de Jesucristo. La forma épica que ha dado a su obra, contribuye a que comprenda en su narración a casi todos los tiempos y todos los pueblos. Después apareció Tucídides, quien separó de la historia la parte fabulosa que su antecesor había introducido, y abrazó en su relato la historia de los primeros veinte y un años de la guerra del Peloponeso. A Tucídides sucedieron, Jenofonte y los imitadores Ctesias de Gnido, Polibio de Megalópolis, Dionisio de Halicarnaso, Diodoro de Sicilia, Filón de Alejandria, Plutarco, y finalmente otros muchos historiadores de la escuela bizantina. Fáltanos señalar en la literatura griega un número considerable de obras, que no pertenecen a ninguno de los géneros mas arriba indicados; pero citemos las mas principales: *El Tratado de la caza*, y el de la *equitación*, por Jenofonte. *Los problemas mecánicos*, por Aristóteles. *Los elementos de las ciencias matemáticas*, por el célebre Euclides; las *obras geométricas* de Arquímedes. La *táctica* y la *historia de los animales*, por Eliano. *Las descripciones o diccionarios geográficos* de Estrabon, Pausanias y Ptolomeo; y los libros de medicina de Hipócrates, Galeno y Dioscórides.

LITERATURA LATINA. Roma dominó a Grecia por la fuerza de las armas, pero Grecia fué superior a Roma en literatura, en ciencias y en artes; antes que hubiese sufrido esta gloriosa invasión, Roma no tenía otro monumento literario que los cantos groseros por medio de los cuales los sacerdotes del politeísmo celebraban los acontecimientos mas memorables de las guerras que a la sazón sostenía la república contra los pueblos de la Etruria. A estos himnos debemos añadir las *Leyes de Numa* y las *Leyes de las doce tablas*, escritas en latín antiguo, que ya en tiempo de Varro ninguno entendía. La literatura latina puede decirse que comenzó dos siglos antes de la era vulgar, pues en la época en que Horacio escribía sus odas inmortales se resentía aun de su primitiva rusticidad así lo comprueba este verso del satírico romano:

Manserunt, hodieque manent vestigia ruris (1).

Esta literatura comprende doce siglos, que se dividen en cinco periodos: el primero abraza la edad de la barbarie de la sociedad romana y termina con la primera guerra púnica; el segundo alcanza hasta la muerte de Sila, 78 años antes de Jesucristo, y aquí precisamente aparece la infancia de la literatura latina; el tercero comprende la época de esplendor y gloria de Augusto; el cuarto concluye con la muerte de Augusto, y el quinto finaliza con la invasión de los bárbaros.

Historia. Como mas arriba dijimos, los acontecimientos memorables de los tiempos primitivos de la república se conservaban por medio de los cantos de los sacerdotes del politeísmo, que comunmente llamaban *versos saturninos*; porque la tradición atribuía a Saturno las mas antiguas de estas composiciones; pero cuando se introdujo en Roma la literatura griega, Fabio Pictor fué el primero que escribió los fastos de su país. Después apareció una multitud de historiadores, cuyos nombres apenas se encuentran en los libros de crítica de Ciceron y Quintiliano. Pero bajo el imperio de César se presenta una brillante serie de historiadores, todos notables. Hirtio con sus *Comentarios*, supera al mismo Jenofonte, por el interés de la narración, la inteligencia de los acontecimientos, y por su precisión y sencillez. Salustio, que escribió la *Conjuración de Catilina*, recuerda a cada momento la profundidad y gravedad de Tucídides; Cornelio Nepote, hubiese igualado a Plutarco en sus *Vidas de hombres ilustres*, a no haber descuidado un poco ciertos pormenores familiares y característicos: Tito Livio sobrepuso a Herodoto en el estilo de la narración. Completaremos la revista de los historiadores latinos citando: a Espartiano, Lampridio, Polion, Vopisco, Capitolino y Galicano, autores de la colección histórica conocida con el título de *Historia Augusta*; Aurelio Víctor, a quien debemos un excelente librito sobre los hombres ilustres de Roma; a Flavio Eutropio, autor de un compendio de la historia romana, etc. El periodo de decadencia de la literatura latina, solamente produjo un historiador notable, San Agustín, que resumió la

historia de las sociedades antiguas en su libro *De la ciudad de Dios*, aun cuando hasta cierto punto sea preciso colocar esta obra al lado de los libros de religión y de pura filosofía. Las obras de medicina, de geografía, de matemáticas, de economía política, etc. etc., no son tan dignas de recomendación por sus cualidades literarias, como las de los griegos; sin embargo, superan a estos en todo cuanto tiene relacion con la jurisprudencia.

LITERATURA ESPAÑOLA. Los estrechos límites del presente artículo no nos permiten empeñarnos en profundas y latas investigaciones, ni subir a época muy remota acerca del origen de nuestra literatura; pero procuraremos ser claros a la vez que compendiosos, ya que no podamos como quisiéramos satisfacer mas cumplidamente la curiosidad de nuestros lectores. Los que sobre este punto deseen mayor ilustración, podrán hacerlo leyendo la apreciable obra de Aldrete: *Origen y principio de la lengua castellana*, y el *Tesoro de la lengua*, de Covarrubias.

No conocemos en prosa monumento mas antiguo del uso del romance, que la version del Fuero Juzgo, que parece no puede referirse a otros tiempos que a los del santo rey Fernando III; el cual, luego que ganó a Córdoba, en el privilegio del Fuero breve que dió a aquella ciudad, mandó traducir del latín al castellano este mismo Fuero Juzgo, titulólole *Fuero para Córdoba*. Cualquiera que sea el estado de imperfección en que se hallase el antiguo romance en el siglo XI, la aparición de un héroe como el Cid, no podia menos de excitar la admiración de sus contemporáneos, que sin duda consagraron a su elogio algunas canciones populares; pero el poema del Cid no es un poema épico, sino una narración histórica de las hazañas de Rodrigo de Vivar, por lo que no podemos buscar en este escrito ni invención, ni riqueza, y en general su estilo se resiente de la dureza del siglo. Pero, sin embargo, teniendo en vista el tiempo a que pertenece, puede mirarse como un esfuerzo prodigioso de la literatura de aquella época. Al poema del Cid sucedieron, en el siglo XIII, las poesías de Gonzalo de Berceo y el poema de *Alejandro*, de Juan Lorenzo, observándose en ambas composiciones que la lengua iba perdiendo su dureza, sometiéndose ya el verso a cierta medida. A mediados del siglo XIII apareció don Alfonso el Sabio, matemático, astrónomo, historiador y poeta, en cuyos ramos manifiesta un mérito indisputable; pero lo que mas contribuyó a su posteridad literaria, fué el inmortal código de las Partidas: tambien se atribuyen a este sabio monarca las *Tablas Alfonsinas*, el libro de las Armellas, ó Tratado de la esfera, una paráfrasis de la historia bíblica y sagrada, una crónica general de España, la *Conquista de Ultramar*, una version castellana del *Cuadripartito de Ptolomeo*, la vida de San Fernando, su padre, el *Septenario*, y como poeta las *Cántigas*, el poema de las *Querellas* y el libro del *Tesoro*.

Don Juan Manuel, nieto de San Fernando, es el ingenio sobresaliente que en el siglo XIV sacó mas partido del estado de la lengua, el que con utilidad la cultivó y trabajó, y que mas contribuyó con su ejemplo a enriquecerla y mejorarla. De todas sus obra, solo se ha publicado la que tituló *Conde de Lucanor*, obra moral, filosófica y que revela en su autor un profundo conocimiento del corazón humano. Tambien compuso la *Crónica de España*, el *Libro de los Sabios*, el del *Escudero*, el del *Infante* y otros muchos. A este siglo pertenece el arcipreste de Hita, cuyas obras poéticas debieron contribuir a despertar el ingenio. En el siglo XV, por la muerte de don Enrique III subió al trono de Castilla don Juan II, cuya memoria será siempre respetada por la posteridad; protector de las Musas, inspiró a su corte el gusto de la poesía: tampoco el siglo XV careció de buenos prosadores, y de ello vemos un ejemplo en Fernan Gomez de Cibdareal, Alfonso de la Torre, Fernan Perez de Guzman, Hernando del Pulgar, y Mosen Diego de Valera. De Fernan Gomez de Cibdareal no tenemos mas que el *Centon Epistolario*; de Alfonso de la Torre, la *Vision deleitable*; de Fernan Perez de Guzman, la *Crónica de don Juan II* y su libro de *Generaciones y semblanzas*; de Hernando del Pulgar, sus *Claros varones*, su *Crónica de Enrique IV* y la *Historia de los reyes moros de Granada*, y por último le atribuyen una historia del Gran Capitan. Diego de Valera es autor de una *Crónica abreviada de España* y de un tratado de *Providencia contra fortuna*.

El siglo XVI es nuestro siglo de oro, y el número de escritores que en él se distinguieron es tan considerable, que nos vemos forzados a pasar rápidamente por cada uno de ellos. Juan Lopez de Palacios Rubios, jurisconsulto, escribió un tratado del *Esfuerzo belico heroico*; Fernan Perez de Oliva, nos dejó su *Diálogo de la dignidad del hombre* y varias composiciones poéticas, muy inferiores al merito de su prosa. Don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, compuso una colección de cartas familiares, el *Aviso de privados*, una decada de las vidas de los diez Césares desde Trajano hasta Alejandro Severo, y otras varias. Luis Mejia, un *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*: el bachiller Pedro de la Rúa, tres *Cartas a Guevara*; el doctor Villalobos, médico de Carlos V y Felipe II, se distinguió por sus *Problemas* y otros diálogos acerca de la medicina. Don Luis de Avila y Zuñiga, escribió los *Comentarios de la guerra del emperador Carlos V contra los protestantes de Alemania*, y a Florian de Ocampo debemos una *Crónica de España*. Bajo el reinado de Felipe II tomó la literatura española un carácter ascético y místico, y apareció nuestro celebre Fray Luis de Granada, con aquel lenguaje divino y angelico que puso el sello a la perfección de nuestra lengua: el número de las obras de este escritor, tanto en latín, como en castellano, es inmenso, por lo que indicaremos los mas notables. La *Guía de pecadores*, *Meditaciones*, *Introducción al símbolo de la fe*, y su libro de *Sermones*. En seguida se presenta Santa Teresa de Jesus con los éstasis deliciosos de un alma abrasada; sus mejores obras son: las *Moradas*, el *Camino de la perfección*, los *Conceptos de amor de Dios*, y una colección de *Cartas*. San Juan de la Cruz sobresale igualmente en este siglo con la *Subida al monte Carmelo*, con su *Noche oscura*, con su *Cántico espiritual*, y por último con la *Llama de amor viva*. Fray Diego de Estella compuso entre otros libros: *Vanidad del mundo*, y las *Meditaciones del amor de Dios*. El inmortal Fray Luis de León, escritor eminente y sabio, nos dejó sus: *Nombres de Cristo*, la *Perfecta casada*, su *Exposición del libro de Job*; y el *Perfecto Predicador*, obra perdida, pero que consta que la escribió. El padre Malon de Chaide, fray Fernando de Zúrate, y el desgraciado Antonio Perez, son los escritores con que

termina el reinado de Felipe II. El religioso Felipe III, mas piadoso y flojo, que dotado de talento y actividad, presenta en su reinado, a los Espinosas, los marqueses de Santa Cruz, los Fajardos, Riveras y Pimenteles en la crónica de nuestros triunfos, y en los anales de nuestra literatura, a los Sigüenzas, Marianas, los Argensolas, y al nunca bien ponderado autor del *Quijote* don Miguel de Cervantes Saavedra. El reinado de Felipe IV se señaló, no solo por sus desastres, cuanto por la decadencia de nuestra literatura. Sin embargo, no dejaron por eso de aparecer diferentes escritores muy estimables cada cual en su género. Don Francisco de Moncada escribió una obra de mérito no escaso, titulada: *Espedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*; don Luis Velez de Guevara, es autor del *Diablo Cojuelo*. Don Francisco de Quevedo y Villegas, debió haber aparecido dos siglos después para no haber tenido que respirar en una atmosfera tan cargada de mal gusto y preocupaciones. Posía las lenguas latina, griega, hebrea, árabe e italiana, cuando solo contaba veinte y tres años de edad; fué teólogo, jurista, canonista, matemático, astrónomo, médico, y como escritor, lo fué político, moralista, ascético y poeta. La gran popularidad de tan célebre autor, y el conocimiento que se tiene de todas las obras que ha publicado, nos dispensan de entrar en pormenores acerca de sus escritos. Bajo el reinado de Carlos II, época de impotencia y degradación, solamente sobresalieron entre los autores prosaicos Solís y Nicolás Antonio; el primero fué el astro brillante de su siglo, pues su obra de la *Hisoria de la Conquista de Méjico*, es un monumento que puede hacer honor a la literatura de la nación mas orgullosa; el segundo, es mas recomendable por su incansable laboriosidad y por la riqueza histórica que nos ha dejado en su *Biblioteca antigua y nueva*, y lo es tambien por sus *Cartas* publicadas por Mayans. Uno de los escritores que antes de mediados del siglo XVIII comenzaron a combatir las preocupaciones y a despertar el ingenio nacional, fué el maestro Feijó, fraile benedictino, tan recomendable por su extraordinaria erudición, cuanto por su mucha valentía. Sus principales obras son el *Teatro crítico universal* y las *Cartas eruditas*. Tambien podemos dar un ejemplo de laboriosidad en don Gregorio Mayans y Siscar; y por último, el célebre padre Isla de la Compañía de Jesus, acaso demasiado satírico, fué uno de lo que mejoraron la lengua con mas soltura y gracia. Publicó un libro titulado: *Fray Gerundio de Campazas*, libro critico y satírico, destinado contra los malos predicadores. El impulso dado por estos escritores y otros que figuraron a mediados del siglo anterior, que forman una especie de época de restauración, se ha mejorado en nuestros días; pero nuestra literatura contemporánea, debe ser analizada, por los que nos siguen, en los cuales debemos suponer la debida imparcialidad.

POESÍA ESPAÑOLA. Aun cuando sonera y superficialmente vamos a ocuparnos de nuestra poesía desde el reinado de don Juan II en adelante. Don Juan II no se contentó con proteger las luces honrando a los hombres eminentes que en ellas sobresalían, sino que él mismo se recreaba en versificar. El número de los poetas que pertenecen a su reinado, llenan todo el periodo del siglo XV; pero nos ocuparemos, aunque con rapidez, de aquellos mas distinguidos. Tales son, don Enrique de Villena, el marqués de Santillana, Juan de Mena, Rodrigo Cota, Jorge Manrique y Juan de la Encina. Se le cree autor, al primero de una comedia alegórica, de una traducción del Dante y de los *Trabajos de Hércules*. Ademas de su comentario a los tres primeros libros de la Eneida, tenemos de este insigne poeta la *Gaya ciencia ó arte de trovar*. El marqués de Santillana, tan temido en el campo de batalla, como respetado en el consejo, dió a la poesía un tono de gravedad, cierta tendencia moral, como se ve en sus *Proverbios* y en su *Diálogo entre Blas y la fortuna*. El célebre Juan de Mena, compuso el *Laberinto*, el poema de *Coronación* y varias poesías amatorias. El mérito sobresaliente de Jorge Manrique, se ve en sus coplas a la muerte de su padre el maestro don Rodrigo. Rodrigo Cota, el tio, es autor de un diálogo entre el amor y un caballero, de las *coplas de Mingo Rebullgo*, y del primer acto de la tragicomedia de *Calisto y Melibea ó la Celestina*. Juan de Encina, cierra el cuadro de poetas del siglo XV con su *Tribagia ó riva sacra de Jerusalem*, y con su colección de todas sus poesías que se titularon *Canciones de Juan de la Encina*. Viene en seguida Boscan, casi siempre duro y desaliado en la versificación; pero templemos la severidad de la crítica diciendo como él: «que en todas las artes los primeros hacen harto en empezar, y los otros que después vienen quedan obligados a mejorarse». Mas para gloria de la poesía castellana, se presenta Garcilaso y encanta al mundo entero con sus poesías pastoriles. Don Diego de Mendoza y don Luis de Haro se asocian a Boscan y Garcilaso para dividir con ellos la gloria de introductores de las musas italianas. A esta misma época pertenecen Hernando de Acuña y Gutierrez de Cetina, poetas daltés y floridos aunque un tanto débiles y desmayados; contemporaneo de estos célebres ingenios fué el bachiller Francisco de la Torre, quien gozó una gran reputación entre los primeros hombres de su tiempo. Interminable seria nuestro trabajo, si nos propusiéramos recorrer uno por uno todos los insignes poetas que produjo esta época gloriosa de nuestra literatura, por lo que nos vemos obligados a contentarnos con citar a un Luis de Bahoma de Soto, imitador de Garcilaso y autor de las *Lágrimas de Angélica*; al sevillano Juan de Mallara, llamado el Menandro de la Bética; al catalan Felipe Mey, traductor de los metamorfóseos de Ovidio; a un Pedro Padilla; a un Juan de Morales, eminente poeta en el género bucólico; al pinciano Cristóbal Suarez de Figueroa, autor de la *Constante Amarilis*, y traductor del *Pastor Fido*; a un Juan Arguijo, imitador de Herrera, y algunas veces superior a su modelo; a un Cristóbal Mesa, autor lírico y tragico, y traductor de las obras de Virgilio; y a un Bartolomé Carrasco, tambien escritor lírico estimable, y tantos otros de mérito distinguido.

En seguida aparece fray Luis de León, uno de los primeros y mas felices imitadores de Horacio, siendo difícil decidir cual de los dos es superior al otro como poeta, pues uno y otro formaron su talento por un género de imitación que puede llamarse libre. Este poeta ilustre ejerció sobre nuestra literatura una influencia poderosa por sus composiciones originales, en las que se halla invención poética, imágenes y elevación, y por sus traducciones de Píndaro, Virgilio, Horacio y de algunos poetas sagrados. La égloga de *Tirsi* de Francisco Figueroa, que floreció a mediados del siglo XVI, dice mas que cuantos elogios pueda consagrarla la crítica mas amis-

(1) Aun conservamos los vestigios de nuestra antigua rudeza.

tosa y acalorada. A este tiempo pertenece Jorge Montemayor, autor de la *Diana*, que continuó poco después Gil Polo, añadiendo cinco libros a los siete que escribió el primero. En los últimos veinte y cinco años del siglo XVI florecieron don Alfonso de Ercilla, Juan Rufo y Cristóbal de Virnes; poco después Juan de la Cueva y Bernardo de Balbuena, pero entre todos el que merece ser particularmente mencionado es el primero, autor de la *Araucana*, sobre cuya obra no entraremos en investigaciones, teniendo presente la corta extensión que debe tener el presente artículo; pero diremos que nuestro patrimonio épico está muy distante de poseer aquella inagotable riqueza de que podemos hacer ostentación en lo lírico. Sin embargo, si para ser ricos en esta materia fuera bastante mencionar un interminable catálogo de tentativas desgraciadas en la epopeya, podemos asegurar que no seríamos los mas pobres. Saludemos desde lejos a Vicente Espinel, traductor de la poética de Horacio y el inventor del arteificio de la decima, al elegante y florido Agustín Tejada, a Pedro Soto, a Pedro Espinosa, a quien pertenece la fábula tan célebre del *Genil*, a Luis de Ulloa, a Baltasar de Alcázar, Jáuregui y otros, y ocupémonos aunque someramente de los Argensolas y el inmortal Lope de Vega. Discípulos los primeros y admiradores de Horacio, no pudieron hacer prosélitos en un tiempo en que Lope de Vega encerraba sus preceptos con seis llaves. Sin embargo, conceptuados como modelos de buen gusto, fueron apreciados, pero no seguidos. «Su reputación, dice Quintana, está mas afianzada en los vicios que les faltan que en las virtudes que poseen.» Sus poesías no tienen la dulzura que tanto distinguen a las de Garcilaso; sus pasiones están, hasta cierto punto, sujetas o subordinadas a la razón, pero no obstante, sienten. Lope de Vega es el ingenio mas fecundo y universal que presenta la historia de la poesía antigua y moderna. Parece que el número de sus producciones dramáticas ascendió al de mil ochocientas, y Lope mismo dice que de este considerable número de comedias,

..... Mas de ciento en horas veinte y cuatro
Pasaron de las manos al teatro.

Y Lope de Vega escribió además una infinidad de versos de distintos géneros, y un poema que tituló la *Jerusalén conquistada*.

Preséntase Góngora, y a pesar de su gran talento, no es posible concebir ni explicar la extravagancia perjudicial de su escuela: su estilo es hinchado, desigual, prodigo en metáforas violentas y en las mas ridiculas y exageradas hiperboles. Sin embargo, este poeta, a pesar del grito de reprobación que alzaron los escritores de su tiempo, anatematizando el abuso monstruoso que hacia de la lengua, siguió imperturbado su marcha, y lo que es mas extraño, muchos de los que en un principio le vituperaron, sea por propia convicción, sea por seguir la corriente del público que aplaudía semejantes delirios, procuraron imitarle y de aquí el mal gusto de aquella época.

Pero en medio de este contagio literario, brillaron Jáuregui, Esquilache, Rioja y Villegas, siendo este último el poeta que hace mas honor al reinado de Felipe IV y el que mejor pudo preservarse del mal gusto de su siglo.

El reinado de Felipe V tan profuso en guerras y agitacione no produjo ningún poeta eminente, pero bajo el pacífico dominio de Fernando VI, se presentaron, el conde de Torrepalma con su *Deucalion*, Montiano con su *Virginia* y su *Ataulfo*, Porcel con su égloga y Luzán con su poética. Por último, refiriéndonos a los últimos años del siglo XVIII y principios del XIX, hagamos mención de Huerta, Iriarte, Cienfuegos, Arriaza, Melendez y de Moratin. Grandes y señalados ingenios se distinguen en nuestros dias, de cuyo carácter, bellezas y defectos se ocuparán mas imparcialmente los que vengan detrás de otros, esto es, cuando ya no se conozca a los autores mas que por sus obras, pues tememos que la amistad u otra circunstancia cualquiera nos impida ser demasiado justos.

TEATRO ESPAÑOL. Cuando los bárbaros del Norte invadieron nuestro suelo, los españoles que habían sufrido el yugo de los descendientes de Rómulo, se sometieron al dominio de los nuevos conquistadores, y el teatro romano huyó de nuestro país para no volver jamás. Las costumbres de los godos eran enteramente belicosas, y solo los ejercicios guerreros constituían su única diversion; pero vinieron los árabes, y fueron los primeros que con la fertilidad de su invención, el fuego poético de su genio y afluencia de su riquísimo y elegante lenguaje, dieron principio a una era en que la literatura española debía experimentar un completo y benéfico desarrollo, aunque hasta cierto punto perezoso y lento a causa de las guerras intestinas que desolaban nuestro país. En su consecuencia las costumbres debían estar en consonancia con el aspecto, feroz y belicoso de la época, y por eso los juegos y diversiones que públicamente se celebraban presentaban la indole guerrera de aquellos tiempos puramente feudales. La caza, los torneos, las corridas de toros, los pasos honorosos y los juegos de cañas y sortijas, eran las escuelas donde los noveles caballeros recibían su primera educación por medio de fingidas peleas con apuestos y azevados paladines.

Sin embargo, a fines del siglo X ya eran admitidos los juglares en las altas solemnidades que celebraban el rey o los caballeros, pues cuentan que concurrieron a los festejos que se efectuaron en la ciudad de Valencia en ocasión de las bodas de las hijas del Cid con los condes de Carrion en 1098. El idioma español mientras tanto, iba enriqueciéndose y despojándose de su primitiva rudeza, merced al impulso de los árabes a la protección de don Jaime el conquistador y Fernando III, en cuya época se introdujo el estudio de la *gaya ciencia*: el saber por lo tanto fue poco a poco saliendo del estrecho recinto de las celdas, y pudo libremente pasar desde los conventos al trono de los principes, y los grandes y los caballeros comenzaron a saborear los dulces desahogos que proporciona el estudio y la prolífica investigación con que se recrea el entendimiento amigo de pensar.

A principios del siglo XIII, pasaron a España las representaciones religiosas que se verificaban en los templos al otro lado de los Alpes, los abusos que se introdujeron, obligaron a Alfonso X a adoptar severas disposiciones, aun cuando permitía la representación de aquellas farasas con ciertas condiciones. Esto nos hace ver que lo cuna de la literatura dramática fue la Iglesia; que los primeros actores fueron clérigos, quienes después que en el pulpito habían exhortado a la peniten-

cia, y ofrecido sacrificios al Eterno en el altar, se despojaban de sus verdaderas sacerdotales, para divertir a los fieles con bufonadas y chocarrerías bajo los disfraces de rufianes, mactachines y ramerías.

(Se continuará).

Una estrella en el Oriente.

La *Gaceta universal de Augsburgo* hace mención de un comerciante indio en Bombay, ciudad de la India Oriental, quien aunque pagano, ha llegado a distinguirse por sus sentimientos de humanidad, y propensión extraordinaria a la beneficencia, en términos que no se conoce ejemplo parecido en toda la cristiandad y mundo judaico.

Dschemsitschi Dschischibhoy, es el nombre de tan célebre hijo del Oriente, el cual pertenece a una de aquellas tribus que, espulsadas por los fanáticos mahometanos, hace ya mas de mil años, fueron a establecerse a las costas occidentales de la India. Estos pirólatras o adoradores del fuego se dedican preferentemente al comercio, habiendo adquirido en general, y muy en particular los de Bombay por su mucha laboriosidad y morigeradas costumbres, riquezas de consideración, distinguiéndose al propio tiempo no menos por sus relevantes virtudes cívicas hasta entre todos los habitantes blancos de aquellas remotas regiones.

Dschischibhoy, hijo de padres menos acomodados, los cuales para atender al diario sustento se habían dedicado a la compra y venta de botellas viejas, nació en Bombay en el año de 1785. Siendo aun muy joven supo ya distinguirse por una asidua aplicación y una disposición extraordinaria para el comercio, lo cual conocido por un rico comerciante de aquella ciudad, le hizo este a los diez y ocho años de edad socio suyo, y aun le dió la mano de su hija.

Al cabo de los primeros veinte años en que se había dedicado al comercio, llegó a ser uno de los mas poderosos propietarios de la India y también desde entonces un bienhechor de sus semejantes como no se puede citar otro. Gastó en menos de diez y ocho años para la fundación de casas de beneficencia, unos 3,840,000 reales, y casi otro tanto en limosnas particulares. Dió asimismo poco a poco hasta 288,000 reales a gentes que seguían en litigios, los cuales este hombre generoso deseaba evitar; unos 330,000 reales fué dando sin distinción alguna de religión, a personas que sin culpa propia se habían desgraciado; 192,000 reales donó para el establecimiento de un asilo en que cualquier extranjero hallaba gratuitamente posada por algunos dias.

A la par con estos sentimientos humanitarios es Dschischibhoy un comerciante de una integridad la mas rigida posible, y su nombre es pronunciado en toda la India Oriental, con una estimación suma; en su vida privada sigue unas costumbres muy sencillas, llanas y modestas en demasia, y si preferentemente colma a sus correligionarios con sus beneficios, no por esto quedan desapercibidas las personas que profesan otras creencias: bástale saber, que les ha sobrevenido, sin culpa suya, alguna desgracia para que abra en seguida su mano prodiga.

A propuesta y deseo intimo de los directores de la gran compañía inglesa de la India, fué este adorador del fuego elevado por la reina Victoria a la dignidad de *Caballero*, y él es el primer indio indígena, que antepone a su nombre el *sir* inglés. Esta distinción la recibió en mayo de 1842 en un acto solemne. Sus correligionarios enorgullecidos crearon en su honor aquel mismo dia un establecimiento público, cuyo objeto se dirigía a traducir obras de alguna celebridad escritas en idiomas europeos a la lengua nativa de aquel país llamada el *Guzerati*. Admitió aquella distinción con la mayor modestia posible, y manifestó en un discurso pronunciado en aquella ocasión y en idioma inglés, discurso que era un nuevo testimonio de la acendrada bondad de su corazón, que sus acciones de beneficencia no eran otra cosa sino la espresion de su mas intimo anhelo de favorecer a sus semejantes con los bienes de fortuna que la Providencia había querido concederle.

Destinó mas tarde un capital de 2,880,000 reales, para que con sus réditos anuales se atendiera al socorro de los pobres entre su raza, y se abrieran escuelas gratuitas para sus hijos. Desde aquella época llegó el caso de escederse Dschischibhoy a sus recursos, todo para el sufragio de los desgraciados y menesterosos.

En 1845 se puso la primera piedra de un hospital de construcción gótica, que terminado algunos años después, pueden hoy dia en el mismo hallar cabida hasta 500 enfermos. Para su total establecimiento invirtió la cantidad de 1,600,000 rs.

En testimonio de intimo reconocimiento por tan extraordinario patriotismo, recibió del gobierno inglés, que posee en el dia tan vastos dominios en aquel país, una medalla de oro ricamente engastada de diamantes. Entregósele a nombre de dicho gobierno sir George Arthur, gobernador general de la India Oriental, y en el discurso que pronunció en el acto solemne de ponerla en manos de Dschischibhoy demostró terminantemente que este hombre, de una generosidad sin igual había ya espendido mas de 8,000,000 de reales en obras y donaciones de beneficencia pública, sin contar las sumas con que ha socorrido privativamente a tantísimas personas necesitadas, que debe sobrepujar dicha cantidad.

En aquella misma época emprendió dos nuevas y grandiosas obras de utilidad pública, a saber: un puente y una carretera, todo para favorecer y fomentar el tráfico. Estas dos obras quedaron terminadas en 1845, viniéndole a costar entre ambas mas de 1,630,000 reales. Una cantidad aun mucho mayor invirtió mas tarde para surtir de aguas abundantes y potables a la ciudad de Punán, situada sobre la alta meseta de una montaña, y en la cual escaseaban aquellas durante algunos meses del año. No lejos de allí se reúnen dos pequeños rios; pero como tuviesen una situación mas baja que la población, mandó cegar la embocadura con un colosal dique ó presa, para después con un sistema de tubajes y cañerías proveer a Punán con abundantes aguas. Tiene aquel dique 18 pies de alto y 850 de largo. En 1845 y 1847 rompió la impetuosa corriente dos veces el robustísimo muro, no lográndose dominarla definitivamente hasta 1849.

Instituyó también un segundo asilo u hospicio para viajeros en Bombay, viniéndole a costar su establecimiento mate-

rial 800,000 reales, y para su subsistencia le dotó en union de su esposa con un capital de 672,000 reales.

Se calcula que Dschischibhoy, este héroe filántropo, habrá sacrificado en las aras de la beneficencia pública hasta 56,000,000 de reales.

¿Cuántos de nuestras notabilidades de inmensos bienes de fortuna, pertenecientes al cristianismo y judaismo, podrían tomar ejemplo en este ilustre pagano!

La procesion de las sombras.—Balada.—A la señora doña Joaquina Lopez de Madariaga.

ARANZAZU, 1855.

A espaldas del monte *Atoña*, jurisdicción de la villa de Oñate, tan célebre en estos últimos calamitosos tiempos porque en ella asentaba su corte un príncipe que con las armas en la mano disputaba el trono y la corona de la reina doña Isabel II, se alzaba un noble edificio de construcción maravillosa.

En aquel fragoso terreno, lejos de toda vivienda humana, apareció un día a los ojos atónitos de un sencillo pastor, una hermosísima Virgen posada entre zarzas, la cual tuvo por primer abrigo, rústico techo de ramaje. A fines del siglo XVI aquella choza se había convertido en el edificio de que nos ocupamos.

Cualquiera diría al verlo que había sido edificado en los aires por algun poderoso genio, y que una vez concluido, lo asentó sobre los agudos picos de las peñas. Lo atrevido de su construcción no parecía, en efecto, obra del hombre. Sosteníase la inmensa mole sobre arcos lanzados, por decirlo así, de Peña en Peña, y a través de aquellos cimientos aéreos, divisábase el firmamento por un lado, y por otro la picota llamada *Salto del Diablo*, ostentando en su cima inaccesible el símbolo augusto de nuestra sacrosanta religión.

Iba yo una noche de mayo a contemplar las maravillas de la naturaleza en aquellos sitios salvajes, y las maravillas del hombre en el convento. Pasado el portillo llamado *Zapata* y a cosa de media legua mas allá, sentéme a descansar sobre una roca, y me entregué insensiblemente a ensueños poéticos. El parage y la hora no podían ser mas a propósito.

A mi derecha, y al otro lado de un angustioso valle, elevábase sobre un monte lejano el pueblecito de Urrejoia, cortando el horizonte con una línea uniforme, y asemejándose a un nido de águila. Casi al frente, lejos también, y en el fondo de una hendidura lóbrega y monstruosa practicada entre montañas, cuyas cimas se alzan hacia el firmamento como si quisieran servirle de punto de apoyo, divisábase apenas entre la bruma el pueblo de Araoz, incrustado en los peñascos como el brillante en las minas del Brasil. En todo el demás espacio que abarcaba mi vista, no se distinguía vivienda humana. Peñas sobre peñas, con raquítica vegetación en sus bases, calvas y descarnadas sus cimas. Algun buitre de pesado vuelo venía a pasar la noche en los picos, y digerir allí en completa inmovilidad el nauseabundo alimento que quizá engulló por la mañana en las fértiles llanuras andaluzas. Otras aves de rapina se escondían graznando en la profunda sima de San Elias, que según es fama en el país, carece de fondo.

Arrastraba sus aguas bulliciosas, limpidas y juguetonas, un riachuelo que se sumerge en el abismo por un ancho boqueron, para salir después mucho mas lejos y pagar su tributo al rio Deva: como imagen de la frivola juventud que se sumerge alegremente en el abismo de la vejez, para pagar después su tributo a la muerte.

Luminaba este agreste paisaje la hermosa luna de mayo, que colgada en el espacio como una lámpara, esparcía sus húmedos y plateados rayos por toda la comarca. Las bruscas transiciones de luz y sombra, marcaban mas y mas los duros contornos de los peñascos, y al mirar tanta hendidura, tanto pico abrupto, tanto silencio, tan maravillosa quietud, diríase que todo aquel país había sido un mar que hinchado y revuelto a esfuerzos de algun huracan equinoccial, hubo de petrificarse repentinamente a una señal del Supremo Hacedor.

O bien alguna ciudad fabulosa poblada por gigantes, y arruinada instantáneamente por un inmenso cataclismo. Y a la verdad que yo veía, a no dudarlo, enormes lienzos de murallas desgajadas; torres de arquitectura desconocida medio arruinadas, pero que aun conservan en pie paredones y almenas; columnas y pórticos fantásticos, en cuyas ruinas no se descubría ningún rastro de las reglas arquitectónicas antiguas o modernas.

¿Qué fué aquello en los primeros tiempos? ¿En qué se convertiría cuando llegue la consumación de los siglos?

Reflexionaba acerca de esto y mi imaginación se trasladaba a otras épocas, a otras edades. Desde el fondo oscuro de aquellos barrancos, veía elevarse pausadamente muchas masas blancuecinas y transparentes que poco a poco iban adquiriendo contornos vagos, para concluir por aparecer a mi asombrada vista con formas humanas.

Ancianos venerables de blanca y poblada barba, vestidos con las ricas dalmáticas de los primitivos vascongados, pasaban silenciosamente delante de mí en ordenada procesion, dirigiéndome una tristísima mirada: luego proseguían su marcha aérea en direccion al convento de Aranzazu. Tras ellos, y en el mismo orden, seguían jóvenes guerreros con la ancha y corta espada desnuda en la mano derecha, y mostrando muchos de ellos la izquierda atravesada con un clavo. Había allí legionarios que con Anibal ganaron la batalla de Cannas: había allí soldados que murieron crucificados por los romanos, entonando animosos en la cruz el canto de muerte: valerosos guerreros que durante cinco años lucharon solos y sin ayuda contra las legiones de Roma en su apogeo, conducidas por el general mas afortunado de la época. ¡Mártires de Guruceta, Iturrioz y Altobiscar; héroes de Cannas, Regil y San Adrian! Yo saludé aquellas sombras veneradas.... Caminaba a su cabeza, Lara, el famoso guerrero guipuzcoano, y bardo mas famoso aun: coronaba su frente verde diadema de hojas de tejo, y llevaba en la mano un instrumento músico desconocido. La misma tristísima mirada me fué dirigida por esta segunda procesion al pasar frente a mí, siguiendo la marcha de los ancianos que ya habían desaparecido. Luego aso-

mó luenga hilera de matronas, de vírgenes que se distinguían por su suelta cabellera, de niños y niñas, que silenciosas y melancólicas, bajos los ojos, cruzados sobre el pecho los brazos, seguían los pasos de los jóvenes guerreros.

Con cortos intervalos siguieron a esta procesion otra y otras en que se veían los héroes de Covadonga, Las Navas y el Salado; los Canos, los Urbietas, los Oquendos, los Churrucas, con otros muchos, y detrás una nube densa en cuyo centro se divisaba un ancho y luminoso espacio vacío.

Era aquello una magnífica epopeya viviente. Aquellos eran los hombres de las edades pasadas: en el centro luminoso de la densa nube que cerraba tan larguísima procesion, tendrían acaso cabida los de las edades venideras?...

¿Adónde caminaban las sombras? ¿Qué significaba su silencio maravilloso, su mirada melancólica y triste? ¿Sería efecto del pesar producido por el convencimiento de que la raza guipuzcoana hubiese degenerado? ¿O tal vez leían en lo futuro la ruina de la patria?

Levantéme luego que hubieron desaparecido, y proseguí mi camino. La misma quietud en la naturaleza: la misma luna alumbrando el paisaje. Solo de vez en cuando llegaba á mis oídos en alas de la brisa, el ruido de las aguas, ó el bramido de alguna vaca perdida en los barrancos, triste eco semejante al vagido de un niño moribundo.

Proseguía yo en tanto mi camino.

Al llegar á un recodo á cuya salida se descubre el convento, noté con espanto que las sombras que había visto pasar, ocupaban las cumbres de los peñascos cónicos que por todas partes cerraban el edificio. Las blancas vestimentas de que estaban revestidas las unas; las aceradas corazas y fuertes mallas con que se veían cubiertas otras, prestaban á aquella numerosa asamblea, inmóvil y encaramada sobre las agudas cúspides, un tinte fantástico imposible de describir.

Erame preciso entrar en aquel círculo extraño para llegar á mi destino. El retroceso no me parecía prudente, ni estaba en consonancia con mi curiosidad vivamente escitada: para marchar adelante me faltaba valor. Quedéme inmóvil en el camino, semejante á una de aquellas sombras.

De improviso, la que ocupaba la pícota llamada *Saltó del diablo*, levantó en alto la mano, y una suave armonía se esparció en los aires al mismo tiempo.

Todas las sombras se arrodillaron.

He asistido á los teatros líricos de mas fama: he presenciado la representación de las obras musicales de los primeros compositores, y ejecutadas por los artistas de mas reputación... Pálido, muy pálido ha sido todo esto en comparación

de aquel espectáculo sorprendente cuyo escenario era un paisaje primitivo, cuyos músicos y actores eran invisibles, cuyo auditorio lo formaban las venerandas sombras de nuestros antepasados.

Encontrábame en un mundo nuevo: la música que llegaba á mis oídos era grave sin dejar de ser melodiosa: los torrentes de armonía que chocando en las rocas se iban á perder en lontananza, en nada eran parecidos á los que comunmente se oyen en los templos y en los teatros. Era una armonía nueva, una música extraña, ejecutada con instrumentos desconocidos para mí; cantada por voces que nada tenían de humano. Oía yo gemidos profundos, que hacían estremecer; llantos que conmovían el alma sobre toda ponderación; suspiros que desgarraban el corazón; y luego cantos dulces, cantos melodiosos que derramaban en el ánimo una sensación de bienestar, reservado sin duda á los justos.

Las harpas célicas de los pueblos del Norte acompañando los cantos de Ossian, no tendrían para mí el encanto de la música que estaba escuchando.

Al paso que la luna iba ocultándose detrás de las cumbres de Aitzgorri, al paso que las sombras de los antiguos guipuzcoanos se iban desvaneciendo, las melodías que tenían suspenso mi ánimo, perdían asimismo su vigor. Poco á poco muy paulatinamente, estinguíanse aquellos sonidos; hasta que oculta del todo la luna, desvanecidas las fantásticas sombras, cesó también la música con un acorde prolongado y dulcísimo.

Cambióse de súbito el cuadro encantador: sucedió á la luz la oscuridad; á los melodiosos sonidos el mugir de las aguas y el desapacible chillido de las aves nocturnas.

¿Lo que acababa de presenciar era efecto de mi acalorada fantasía, era sueño, ó una realidad?

No lo sé: lo que podía decir entonces era, que la música la habían escuchado mis oídos; que las sombras de melancólica mirada, las habían visto mis ojos.

Y aquella aparición portentosa significaba, sin duda alguna, que aquel país pintoresco y feliz estaba próximo á ser ultrajado, pisado por plantas enemigas, aherrado por la fuerza bruta, despojado de sus libertades conquistadas en treinta siglos de perennes luchas, y selladas con la sangre de sus mas nobles hijos.

Sí, sí: aquellas montañas, baluartes inespugnables de la independencia española, iban á ser regadas con sangre generosa: aquellos montañeses, centinelas avanzados de la libertad bien entendida, guardianes fieles del arca santa que ellos salvaron de la invasión y la conquista, restos venerables

de los primitivos moradores de España, constantes observadores de las patriarcales costumbres de las primeras edades del mundo, iban á desenterrar sus armas, iban á lanzar su antiguo y formidable grito de guerra para rechazar al enemigo que en nombre de otra libertad bastarda, vendría á privarles de la suya.

Por eso aquellas sombras cercaban de rodillas el santuario de Aranzazu, y entonaban quizá por la última vez aquel *Benedictus* misterioso, aquellos cánticos en alabanza de la Virgen, aquellas preces en las que sin duda pedían á la Santa Madre de Dios, su poderoso apoyo en favor de sus descendientes, de los nobles hijos de Guipúzcoa que se aprestaban para la lucha.

Por eso también las sombras me miraban melancólicamente al pasar, como si adivinaran que me había de caer una parte en aquella sangrienta guerra.

¿Quién sabe si á la misma hora otras sombras se reunían y oraban también por sus descendientes, en los campos de Arriaga, Guernica y Guerekiz?

Cinco meses después, el país vascongado se levantaba como un hombre; un hijo de Guipúzcoa capitaneaba las huestes y empezaba la tenaz, sangrienta y larga guerra de siete años.

El gran capitán murió en ella... ¡paz á su alma!

¡La guerra concluyó con un abrazo...!

¡El convento de Aranzazu fué presa de las llamas!

Si alguno llega á presenciar la escena que he procurado bosquejar con torpe mano, es seguro que en el centro luminoso de la densa nube que cerraba la marcha de la procesion de las sombras, verá rodeados de una aureola brillante, asidos de la mano tal vez, á Jáuregui, el pastor héroe de la guerra contra Napoleon, y á Zumalacarregei, el héroe de la guerra de los siete años.

En el templo de la gloria no tienen cabida las opiniones políticas: mas allá de la tumba no hay otra cosa que paz y bienaventuranza para los buenos...!

J. M. DE GOIZUETA.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.

Los misterios del teatro.

SEGUNDA PARTE.—ENSAYOS.



El autor que viene tarde y oye en qué escena están de la pieza que se ensaya.

El director de escena dice á la dama joven como ha de hacerse la reverencia.



Ensayo con los accesorios y la figuración.



Cuatro horas de pie en el ensayo: la comedia de esta noche tiene cinco actos; hay que vestirse siete veces; y dicen que somos vagos.

VARIEDADES HISTÓRICAS.



Los amigos del autor en el ensayo general.



El actor sentado y el autor de pie.



Los periodistas: D. N. ha trabajado bien; no le nombraremos.



El director aconseja al actor 40 sanguijuelas para que esté bueno al día siguiente.

(Se continuará.)